

Reseñas

Lexis XXIII. 1 (1999): 181-188.

Rodolfo Cerrón-Palomino. *La lengua de Naimlap. Reconstrucción y obsolescencia del mochica.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica, 1995. 220 pp.

En abril de 1995 una periodista interpretó mal una afirmación del lingüista Rodolfo Cerrón-Palomino sobre el topónimo *Sicán*. Él había señalado, durante una entrevista, que el significado del término se desconoce y que la interpretación de “casa de la Luna” que habitualmente se le atribuye es errada, puesto que la palabra mochica correspondiente sería *Si-an*, mas no *Sicán*. En el artículo basado en esta conversación (*El Comercio*, 18/IV/95, C-7), el especialista aparecía, por el contrario, atribuyendo dicha etimología al topónimo.

Algunos años después, un antropólogo de la seriedad de Jürgen Golte¹ profundizaba el error de la periodista, al adscribir dicho significado nada menos que al topónimo *Sipán*, sin presentar mayores fundamentos. “El nombre del sitio [de *Sipán*] de alguna forma hace memoria de su importancia antigua: *si-pan* significa en el idioma muchik ‘la casa de la Luna’”, afirmó (Golte 1997: 34).

Ya el propio Cerrón-Palomino había advertido la posibilidad de que el error se agravara de esta precisa manera, cuando alertaba sobre “la falsa etimología que se le está atribuyendo a la palabra *Sicán* como ‘casa de la Luna’ con la aparente complacencia de algunos arqueólogos. . . . No extrañaría que a alguien se le ocurra darle la misma interpretación a *Sipán*, ya que, después de todo, igual le da al lego que una consonante varíe (o se la agregue o suprima capri-

¹ Jürgen Golte. “El espejo de Sipán”. *Fin de Siglo* 1 (1997): 34-35.

chosamente). Quienes aceptan fácilmente dicha etimología deben tener en cuenta que . . . ‘templo de la Luna’ era *sian*, y no **sican*, pues ‘Luna’ era *si* y ‘casa’ *an*’ (*La lengua de Naimlap* 46, nota 25).

Producido ya el error que Cerrón-Palomino temía, es posible observar en esta cadena de malas interpretaciones y deslices, más allá de lo anecdótico, un reflejo de la ansiedad que experimentamos en el presente por encontrar un sentido a los signos del pasado cuyo significado desconocemos, actitud que se intensifica ante una cultura tan enigmática y fascinante como la mochica. Si el conocimiento con que contamos en la actualidad sobre el idioma mochica impide a los lingüistas proponer etimologías serias y fiables, las interpretaciones se fuerzan y las declaraciones se tergiversan. Al parecer, hay momentos en que la urgencia de comprender un objeto —en el sentido fundamentalmente emocional de integrar sus aspectos desconocidos a la experiencia propia— vuelve insoportables la ignorancia y el enigma. El falso saber se vuelve preferible. Aquí reside uno de los principales peligros que encierra la fascinación por la cultura mochica que es posible observar en nuestros días, y no sólo en el ámbito académico sino también en sectores sociales ajenos a este quehacer. Un ejemplo de dicha fascinación: según refiere el antropólogo Luis Millones, en la provincia liberteña de Ascope se han incorporado al desfile por Fiestas Patrias disfraces de dignatarios mochicas que la comunidad parece haber asumido como marcas de su propia identidad.

En estas circunstancias, tan proclives a la fantasía y a la sobreinterpretación, el trabajo riguroso y a la vez crítico, firmemente sustentado en las fuentes documentales, y la tolerancia frente a los muchos puntos que inevitablemente permanecen oscuros después del análisis, devienen en dos de las principales virtudes de la labor académica. Ambas virtudes marcan los nueve capítulos de *La lengua de Naimlap. Reconstrucción y obsolescencia del mochica*, libro en el que Cerrón-Palomino intenta efectuar una “exhumación” del idioma tal como se hablaba en la primera mitad del siglo XVII, cuando el cura de Reque Fernando de la Carrera todavía podía presentar a esta lengua como “la más general y más elegante de los indios de los valles de este Obispado”, el de Trujillo. Como advertirá el lector, se trata de una tarea doblemente compleja, ya que no sólo supone efectuar un corte sincrónico sino que éste se practica en una lengua

que se encuentra extinta. El examen, concentrado en dilucidar el repertorio fonológico, la estructura acentual y el patrón silábico del idioma, toma como fuente principal el *Arte de la lengua yunga*, de De la Carrera, pero también —a manera de fuentes secundarias— testimonios más tempranos, como el incluido por el jesuita Luis Jerónimo de Oré en su *Rituale seu Manuale Peruanum*, y posteriores, como las gramáticas de Ernst Middendorf y Federico Villarreal y los vocabularios recopilados por el obispo de Trujillo Baltasar Jaime Martínez Compañón y el investigador alemán Enrique Brüning. Además, considera y discute las propuestas formuladas previamente sobre la fonología mochica por lingüistas como Louisa Stark, Alfredo Torero y John Harrington.

El libro, como hemos mencionado, se divide en nueve capítulos. El primero brinda un panorama general del idioma en lo que se refiere a zonificación, correlaciones históricas y filiación, y dedica un apartado a discutir las posibles etimologías del nombre de la lengua. El segundo y el tercero tienen como objetivo, respectivamente, plantear los objetivos del estudio y presentar las fuentes. A partir del cuarto capítulo Cerrón-Palomino desarrolla la propuesta de reconstrucción fonológica que constituye el cuerpo central de su trabajo. En el cuarto capítulo precisa cuáles son los fonemas propios del sistema mochica, el quinto está dedicado a la estructura silábica de la lengua, el sexto al régimen acentual y el séptimo a cuestiones de morfofonémica. El octavo capítulo aborda los procesos de evolución y obsolescencia del idioma, tanto por el devenir interno de la lengua como por su contacto con el castellano como idioma dominante. El último capítulo, tal vez el más interesante del conjunto para los profesionales de ramas distintas de la lingüística, recorre la historia “externa” del mochica desde su convivencia con el quechua durante la dominación incaica hasta su extinción, pasando por su empleo como vehículo de evangelización por los frailes católicos y su posterior retracción en el poblado de Eten. Se incluye al final del libro un apéndice con material léxico entresacado del *Arte de la lengua yunga*.

En la medida en que la hipótesis principal que se desprende del análisis constituye un sistema fonológico completo, es imposible ofrecer una imagen general de los aportes entregados por el libro en una reseña. Por esta razón, nos concentraremos, a manera de ejemplo, en el tratamiento que da el autor a un fonema específico: la

enigmática vocal /*ö*/, que sorprendió tanto a los primeros gramáticos del idioma como a Middendorf y a Brüning, quienes –a pesar de ser de habla materna alemana– reportaron dificultades al intentar reproducirla. Al describir esta vocal, De la Carrera afirma que “falta a nuestro abecedario” la “letra” correspondiente, señala que tenía “principio de *e*” y “fin de *u*”, y opta por simbolizarla mediante el “diptongo latino” <*æ*>. Previamente, en el registro de Oré, el segmento había sido representado erráticamente mediante <*u*> y <*o*>. Siglos más tarde, Middendorf apunta que los reflejos de esta vocal “terminan con una *u*” y precisa que no era idéntica a la /*ö*/ alemana presente en *schön* (‘hermoso’). Por su parte, Brüning indica que una de sus realizaciones “suena como *ui*, pero pronunciándola como eruttando”. A partir de estos datos, Cerrón-Palomino interpreta el fonema –la sexta vocal del sistema vocálico mochica– como un segmento “de timbre medio con abocinamiento de los labios . . . ; una vocal media, anterior, redondeada, que suele simbolizarse por medio de /*ö*/ (o de /*ø*/)” (76). Esta propuesta representa un avance respecto a la anterior interpretación, esbozada por Torero²: una vocal “central de apoyo . . . , cuya ocurrencia o caída estaba condicionada al parecer por el patrón silábico propio del idioma” (Torero 1986: 531). En esta hipótesis, como vemos, no se deslindaba con claridad el estatuto del segmento; se eludía una definición fundamental al no señalarse si se trataba de un fonema propiamente dicho o de una realización fonética determinada por el contexto. Por otro lado, la propuesta de Torero no recogía el carácter bemolizado de la vocal, puesto de manifiesto tanto por los primeros gramáticos de la lengua como por sus últimos recopiladores, según Cerrón-Palomino. Al respecto, cabe recordar que don Simón Quesquén –quien aprendió ya en este siglo fragmentos del mochica de labios de su abuela, Lela Nuntón–, demostró públicamente que para reproducir los sonidos del mochica era necesario abocinar los labios, lo que Cerrón-Palomino interpreta como una confirmación de la presencia de este segmento vocálico.

En 1997 Torero³ reformuló su anterior planteamiento en torno a

² Alfredo Torero. “Deslindes lingüísticos en la costa norte peruana”. *Revista Andina* 8 (1986): 523-548.

³ Alfredo Torero. “La fonología del idioma Mochica en los siglos XVI-XVII”. *Revista Andina* 29 (1997): 101-129.

esta vocal en un artículo dedicado fundamentalmente a defender una correlación consonántica de palatalidad en el idioma (es decir, una oposición sistemática entre /t/ y /tj/, /ç/ y /çj/, /k/ y /kj/, /z/ y /zj/, /s/ y /sj/, /l/ y /lj/, /l/ y /lj/ y /n/ y /nj/), idea que Cerrón-Palomino había considerado como una muestra de “fonología *sur le papier*”. No es el momento ni el lugar para reseñar los puntos principales de esta discusión, pero sí conviene tomar nota de que los futuros estudios en torno a la fonología del mochica no podrán eludir este debate. En cuanto a nuestra vocal, Torero discute con interesantes argumentos la afirmación de Cerrón-Palomino sobre el carácter bemolizado del segmento, es decir el abocinamiento de los labios en su articulación. Plantea, además, que bajo el signo <æ>, De la Carrera simbolizaba “al menos dos fonemas distintos”: “un sonido central alto no redondeado” (que representa así: <û>) y “un sonido relajado, central-medio no redondeado”, “una ‘vocal indefinida’ similar a la ‘e muda’ francesa” que podía sincoparse o aparecer como vocal de apoyo en sílaba no inicial pero que cobró estatuto de fonema en la primera sílaba de la raíz (se representa el segmento así: <ä>). Ambos segmentos corresponderían a una pareja de “diptongos impuros” reportados por Middendorf. El único par mínimo que Torero presenta para distinguir ambos segmentos es el siguiente: <ûp> ‘sal’ y <äp> ‘ají’. Este par fue registrado por Middendorf, mas no por De la Carrera, con lo cual, como concluye el propio autor, “toda verificación [sobre la hipotética oposición fonológica] para el mochica antiguo resulta imposible” (Torero 1997: 125). Tampoco se presentan pares mínimos que permitan sustentar la distinción de ambos segmentos respecto de los demás fonemas que integran el sistema vocálico propuesto por el autor.

En todo caso, Cerrón-Palomino subraya el carácter aproximativo de su propuesta en torno a la enigmática vocal, “toda vez que resulta imposible caracterizarla ya en sus detalles acústico-articulatorios” (79). Y en el capítulo octavo —dedicado a los procesos de evolución y obsolescencia del idioma— entresaca de la documentación tardía de la lengua datos que le permiten plantear que ya en el siglo XIX la vocal tendía a perder su hipotético carácter bemolizado. La vocal en referencia —sostiene el autor— “a medida que la lengua se perdía en la memoria de las personas más ancianas, tendía a ‘evocarse’ como <e> y, quizás también, en algunos lexemas, como <u>. En cual-

quier caso, dicha vocal, con ser típica de la lengua, al estar intrínsecamente marcada, y al no tener un equivalente en castellano que la reforzara, estaba condenada a la supresión" (167). El tratamiento que Cerrón-Palomino da a este segmento vocálico –complejo y “exótico” para los oídos europeos– constituye un buen ejemplo de la manera como se engarzan a lo largo del texto preocupaciones orientadas a lograr una reconstrucción del estado “interno” del mochica en la primera mitad del siglo XVI con intereses referidos a los aspectos “externos” del idioma, como su evolución y los procesos derivados del contacto con otras lenguas.

En el terreno de los contactos interlingüísticos, queremos subrayar la importante hipótesis planteada en el último capítulo del libro según la cual en las décadas anteriores a la conquista española se producía en el territorio de la costa norperuana un proceso lento pero sostenido de bilingüismo, tanto quechua-quinao como quechua-mochica, determinado por el empleo de la lengua imperial de los incas por las élites locales y sus descendientes. Esta propuesta permite explicar, por ejemplo, la fuerte presencia quechua en la toponimia indígena norteña, incluso la menor, tal como se evidencia en una recopilación publicada por el historiador Jorge Zevallos Quiñones⁴ en los últimos años de su vida

Destacamos también, entre los derroteros que plantea Cerrón-Palomino para profundizar el conocimiento del idioma, el llamado a efectuar el cotejo y edición de un *thesaurus* léxico lo más amplio posible del mochica, que integre de manera crítica las recopilaciones realizadas hasta el momento. Resaltamos asimismo la invocación del autor a “acometer, de una buena vez, el estudio sistemático de la toponimia (en especial la menor) y la antroponimia” de la costa norteña, siguiendo el camino abierto para el caso de la sierra norperuana por investigadores como Willem Adelaar.

Los interesados en investigar la onomástica mochica encontrarán en este libro un importante punto de partida, no sólo por la ventaja que supone el contar con una hipótesis fiable sobre el sistema fonológico de la lengua sino también por el hecho de que a lo largo del texto el autor plantea etimologías tanto de topónimos (como

⁴ Jorge Zevallos Quiñones. *Toponimia chimú. Fuentes para el estudio de la lengua quinao*, I. Trujillo: Fundación Alfredo Pinillos Goicochea, 1993.

Reque, Eten y Lambayeque) como de antropónimos (como el nombre del mítico personaje que da título al volumen, *Naimlap*). En el terreno de la onomástica, quisiéramos comentar brevemente la suscripción por parte del autor de un criterio diagnóstico habitualmente utilizado para deslindar topónimos y antropónimos provenientes del mochica de los que tienen origen en otras lenguas andinas: la presencia de la bilabial fricativa (<f>) y la de la vibrante múltiple (<rr>). Algunos investigadores, como la etnohistoriadora María Rostworowski,⁵ han utilizado el primer elemento para identificar antropónimos de origen mochica; otros, como Torero (1986), lo han empleado para deslindar, sobre la base de la toponimia, el territorio mochica del correspondiente al quingnam. Cerrón-Palomino comparte esta apreciación al señalar que la bilabial fricativa es “un segmento prototípico del mochica, ajeno completamente a las demás lenguas de los andes centrales” (97). Por otra parte, plantea que la vibrante múltiple constituye otra particularidad del idioma y representa “un claro indicador de la procedencia mochica de los nombres propios” (118). Si bien es indudable que ambos segmentos son característicos de la lengua, la posibilidad de utilizarlos como un elemento diagnóstico estricto al norte de la zona mochica —en el territorio de Piura— puede tropezar con el hecho de que tanto la bilabial fricativa como la vibrante múltiple parecen haber formado parte del sistema fonológico del idioma nativo de Sechura. Evidencias del primer segmento se encuentran en el vocabulario que mandó recoger el obispo Martínez Compañón⁶ en toda su jurisdicción: en el listado correspondiente a la lengua sechurana se consignan las palabras *fic* (‘fuego’) y *fuscù* (‘tronco’). La toponimia, por su parte, entrega un único pero valioso ejemplo de la presencia de la vibrante múltiple: el estuario de *Virrilá*.⁷

Este comentario final, centrado en los instrumentos destinados a aclarar el complejo panorama de las lenguas prehispánicas, sólo constituye una muestra de la diversidad de caminos abiertos para la

⁵ María Rostworowski. “Etnias forasteras en la visita toledana a Cajamarca”. En *Las visitas a cajamarca*. Vol. I. Eds., María Rostworowski y Pilar Remy. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1992. 11-36.

⁶ Baltazar Jaime Martínez Compañón. *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*. 1790. Vol. II. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1985.

⁷ Instituto Geográfico Militar. *Carta nacional 1: 1100,000*. Hoja 12-b, “Sechura”, 1973.

investigación que deja este libro. Es de esperar que la fascinante “exhumación” de los sonidos y de la historia del mochica que constituye *La lengua de Naimlap* no sólo deje frutos en el terreno de la lingüística andina sino también en los predios de la arqueología y la etnohistoria.

Luis Andrade Ciudad
Pontificia Universidad Católica del Perú